

LA CONSTRUCCIÓN DE LA NACIÓN EN HISPANOAMÉRICA

Mario Armando VÁZQUEZ SORIANO¹

SUMARIO: I. *Introducción*. II. *La nación es una comunidad que se construye*. III. *El proceso de construcción de la nación*. IV. *El uso de la historia y la memoria en la construcción de la nación*. V. *La construcción de la nación en Hispanoamérica*. VI. *Conclusiones*. VII. *Relación de fuentes bibliográficas y hemerográficas*.

I. INTRODUCCIÓN

Hasta ahora el debate sobre el origen y la definición de las naciones modernas no tiene resultados concluyentes, a pesar de que la bibliografía al respecto es abundante. En principio cabe señalar que las naciones no se pueden definir como realidades puramente objetivas y objetivables. Si bien es cierto que una nación surge cuando ciertos lazos objetivos (lengua, entidad política, territorio, descendencia común, costumbres, tradiciones, religión, etcétera), delimitan a un grupo social, en realidad son pocos los que poseen todos esos rasgos, además de que ninguno de ellos es esencial para la concepción o la existencia de la nación. Es por esto que se considera que las naciones también se deben definir a partir de las subjetividades que hacen a los individuos sentirse miembros de una nación, como lo sugiere Tomás Pérez Vejo al proponer que el estudioso de las naciones se debe interesar por averiguar “qué mecanismos conducen, en un determinado momento histórico [...] y en un definido espacio geográfico [...] a esa colectividad a considerarse a sí misma como nación”.²

¹ Maestro en estudios regionales; profesor en el Departamento de Relaciones Internacionales y Humanidades del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Monterrey, campus Querétaro, México.

² Pérez Vejo, Tomás, *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas*, Oviedo, Nobel, 1999, p. 12.

Sucede también que los procesos de construcción nacional en el mundo son diferentes, pues cada uno es resultado de un proceso particular de coerción ideológica que hace que una colectividad acepte una serie de tradiciones, normas y valores como propios, y los interiorice como expresión de su comportamiento social. Esta coerción ideológica es el fundamento de la construcción de la nación como una imagen mental de tipo integrador, ya que pretende desarrollar una identidad colectiva capaz de legitimar al Estado como defensor y garante de la nación.

Esto es importante, porque la construcción de una nación no es un asunto exclusivamente político, aunque esto no evita que el debate fundamental sobre la nación termine dirimiéndose en el campo de los conceptos políticos. Se trata también de un proceso mental, cuyo funcionamiento tiene que ver con el desarrollo de modelos culturales, filiaciones, arquetipos, mitos y ritos. Es en este sentido que Pablo Ortemberg advierte que la nación pertenece al orden del imaginario, por lo cual se construye básicamente en él: “Por medio del imaginario se puede llegar no sólo a la cabeza sino, de modo especial, al corazón, esto es, las aspiraciones, los miedos y las esperanzas de un pueblo. Es en él donde las sociedades definen sus identidades y objetivos, definen sus enemigos, organizan su pasado, presente y futuro”.³

Asimismo, la construcción de la nación es un asunto de estética,⁴ pues “Son las rutinas, las costumbres y las formas artísticas las que expresan la nación y las que la dibujan en el imaginario colectivo. Es en éstas donde se lleva a cabo el proceso de invención nacional”.⁵ Es por esto que es de suma importancia fijar tradiciones —reales o ficticias, pero propias y genuinas—,⁶ como son las celebraciones festivas y las conmemoraciones de batallas. Pero no toda creación —sea histórica o de ficción— se integra al nacionalismo, pues se requiere que el Estado (en virtud del papel que desempeñan en el proceso de construcción nacional), la incorpore previa y sistemáticamente a su discurso y a sus prácticas simbólicas. Posteriormente se ocupará de difundirla al resto de la sociedad para compartir los significados que les

³ Ortemberg, Pablo, “Algunas reflexiones sobre el derrotero social de la simbología republicana en tres casos latinoamericanos. La construcción de las nuevas identidades políticas en el siglo XIX y la lucha por la legitimidad”, *Revista de Indias*, Madrid, vol. LXIV, núm. 232, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2004, p. 712.

⁴ Mandoki, Katya, *La construcción estética del Estado y de la identidad nacional*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Fondo Nacional para la Cultura y las Artes-Siglo XXI, 2007.

⁵ Pérez, *op. cit.*, nota 2, pp. 17 y 18.

⁶ Hobsbawm, Eric y Terence Ranger (eds.), *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002.

ha establecido.⁷ Precisamente en Hispanoamérica la nación es construida desde el Estado, pero lo que le da fuerza y continuidad es “la esfumación en el imaginario colectivo de su carácter de ‘invención en el tiempo’, y su sustitución por una imagen de la nación como algo inmanente, además de singular y autoafirmativo y, en tanto tal, receptáculo de todas las lealtades”.⁸

Retomando la postura de los teóricos instrumentalistas, en este trabajo se considera que para construir a la nación en Hispanoamérica los agentes constructores de las nacientes entidades políticas se dieron a la tarea de consolidar un territorio, unos cuerpos legales y un aparato burocrático-militar que vigilara el cumplimiento de las leyes. Pero sobre todo buscaron moldear una población leal, obediente, y que se sintiera incluida en el proyecto de los grupos hegemónicos; es decir, una población patriota capaz de admitir y aceptar la identidad social que transmiten los grupos dirigentes a través de su acción nacionalista. Es así que el Estado está obligado a crear una nación que haga posible que los grupos dirigentes transformen a la población en un cuerpo social sobre el cual ejercer dominación e implementar la acción estatal.⁹

Sin embargo, la nación es un fenómeno que conlleva en sí la posibilidad de sucesivas actualizaciones, por lo que es necesario que el Estado se erija en guardián o protector del aparato simbólico que sustenta al imaginario y a la memoria de la nación, con la finalidad de que otras actualizaciones u otros nacionalismos no desarticulen su construcción.¹⁰ A partir de lo anterior, se puede afirmar que quien tiene el poder del relato y del discurso en una sociedad es quien monopoliza la voz que crea memoria. Se trata de un poder

⁷ Vizcaíno, Fernando, *El nacionalismo mexicano en los tiempos de la globalización y el multiculturalismo*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004, pp. 17 y 18.

⁸ Quijada, Mónica, “¿Qué nación? Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario hispanoamericano del siglo XIX”, en Annino, Antonio y Guerra, François-Xavier (coords.), *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 289.

⁹ Pinto Rodríguez, Jorge, *La formación del Estado y la nación, y el pueblo mapuche. De la inclusión a la exclusión*, Santiago de Chile, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2003, pp. 89-92; Larraín, Jorge, *Identidad y modernidad en América Latina*, México, Océano, 2004, pp. 25 y 26; Colom González, Francisco, “La imaginación nacional en América Latina”, *Historia Mexicana*, México, vol. LIII, núm. 2 (210), 2003, pp. 318 y 319.

¹⁰ Achugar, Hugo, “Derechos de memoria, sobre independencias y Estados-nación en América Latina”, en Achugar, Hugo (coord.), *Derechos de memoria. Nación e independencia en América Latina*, Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, 2003, pp. 27 y ss.; Crespo, Regina, “Nacionalismo cultural: México y Brasil”, en Cadena, Jorge et al. (coords.), *Nación y movimiento en América Latina*, México, UNAM-Siglo XXI, 2005, p. 36.

relacionado con el poder político o que incluso es parte del mismo poder político.¹¹ Es aquí en donde se pone en práctica la coerción ideológica con el fin de construir la nación.

Para construir la memoria compartida que sustente a la nación se requieren símbolos e imágenes que funcionen como elementos de cohesión capaces de desarrollar en los individuos sentimientos de pertenencia. De tal modo que en la construcción de las naciones hispanoamericanas

[...] tenemos que poner al Estado en el centro del proceso de construcción nacional. Son las diversas estrategias estatales las que nos van a permitir reconstruir las formas en que las diferentes naciones acabaron dibujándose como tales en el imaginario colectivo de cada nueva comunidad nacional. Pero las fuentes no pueden ser las habituales de los estudios sobre el Estado. No son los decretos, ni las leyes, ni siquiera las constituciones, las que deben llamar nuestra atención [...] Son las diferentes formas de expresión cultural, de la música a la historia, de la literatura a la pintura, las que nos pueden servir de guía para descubrir la forma en que ser miembro de una nación se convirtió en algo natural.¹²

Estos elementos conforman un imaginario sobre la nación que —como señala Pérez Vejo— no es un discurso abstracto articulado, sino una sucesión de imágenes mentales elaboradas mediante representaciones visuales. Más que el reflejo de una realidad, estas imágenes son los recursos que en Hispanoamérica el Estado emplea para construir un imaginario en donde la nación se convierte en la fuente y el origen de toda legitimidad política. Es en este sentido que se puede señalar que el imaginario que construye el Estado es un *imaginario instituidor*; porque impone la manera en que se organizan las percepciones, las racionalidades, las necesidades, los tiempos y los espacios de la nación.¹³

En consecuencia, como la construcción de la nación va necesariamente acompañada de la elaboración de un imaginario histórico en donde las imágenes son una fuente imprescindible, se debe advertir que “reconstruir el proceso de invención de una nación es, en gran parte, reconstruir el pro-

¹¹ Pérez Garzón, Juan Sisinio, “Memoria, historia y poder. La construcción de la identidad nacional española”, en Colom González Francisco (ed.), *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*, Madrid, Iberoamericana, 2005, pp. 698 y 699.

¹² Pérez Vejo, Tomás, “La construcción de las naciones como problema historiográfico: el caso del mundo hispánico”, *Historia Mexicana*, México, vol. LIII, núm. 2 (210), 2003, pp. 296-297.

¹³ Gilabert, César, *El hábito de la utopía. Análisis del imaginario sociopolítico en el movimiento estudiantil de México, 1968*, México, Instituto Mora-Miguel Ángel Porrúa, 1993, p. 64.

ceso mediante el cual determinadas imágenes históricas fueron creadas y difundidas hasta convertirse en imagen *verdadera* de la historia de un grupo humano, hasta cuajar en un relato coherente de representaciones sobre los orígenes de la comunidad nacional”.¹⁴ Puesto que es necesario fabricar un imaginario histórico en donde las diversas representaciones del pasado de la nación se ordenen de forma comprensible, es imprescindible la creación, la difusión y el ordenamiento de imágenes históricas que se conviertan en la “imagen verdadera” de la historia de la nación al ofrecer un relato coherente sobre sus orígenes. De estos y otros aspectos fundamentales de la construcción de la nación en Hispanoamérica se tratará a continuación.

II. LA NACIÓN ES UNA COMUNIDAD QUE SE CONSTRUYE

En cuanto a las explicaciones teóricas sobre el origen de las naciones, Elías Palti distingue dos tipos de discursos: el genealógico y el antigenealógico. Los criterios que sigue Palti para establecer esta diferenciación son semejantes a los que José Álvarez Junco emplea con el mismo propósito, aunque este los identifica como enfoques primordialistas y enfoques instrumentalistas. Por una parte, los enfoques primordialistas se desarrollan a partir del siglo XIX, y declaran que las naciones son un hecho natural, por lo cual las narrativas nacionales que elaboran se limitan a contar los supuestos orígenes de la nación, intentando revelar las características que las identifican y las distinguen de las demás, así como la posible evolución que determinará su destino último.

Por otra parte, los enfoques instrumentalistas se comienzan a generar a finales del siglo XIX y principios del XX, y se caracterizan porque no admiten que las naciones sean hechos naturales, sino que las ven como creaciones artificiales articuladas por intereses políticos. Desde esta perspectiva, la nación se percibe como un constructo mental producto de la modernidad, que expresa formas ficticias de identidad discursivamente construidas. Por lo que se supone que el surgimiento de las nacionalidades, aun cuando responda a procesos materiales objetivos, no sería independiente de los modos de conciencia subjetiva.¹⁵

¹⁴ Pérez Vejo, Tomás, “Imágenes, historia y nación. La construcción de un imaginario histórico en la pintura española del siglo XIX”, en Colom González, Francisco (ed.), *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*, Madrid, Iberoamericana, 2005, p. 1120.

¹⁵ Palti, Elías, *La nación como problema. Los historiadores y la “cuestión nacional”*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003, pp. 11-16; Álvarez Junco, José, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2002, pp. 13 y 14.

Es a partir de su obra ya clásica —¿*Qué es una nación?*— que Ernest Renan marca la pauta de los enfoques instrumentalistas sobre el origen de las naciones. En ella, Renan advirtió que ninguno de los supuestos factores culturales (lengua, religión, geografía, etnia, etcétera), en que según los enfoques primordialistas se basa la nacionalidad puede explicar cómo se formaron las naciones y cómo se delimitaron mutuamente. Por consiguiente, “la falta de criterios objetivos revela el carácter, si bien no arbitrario, sí al menos *construido* de la nación: a fin de constituirse como un todo homogéneo y único, toda nación debió antes ser capaz de rellenar sus fisuras internas y olvidar los antagonismos que la dividieron históricamente”.¹⁶

La pregunta que Renan se hace de por qué Suiza es una nación aunque tiene tres lenguas, dos religiones y distintos grupos étnicos, mientras que Toscana —tan homogénea— no constituye una, tuvo su respuesta al recurrir tanto a factores objetivos como subjetivos. Renan supuso que el hecho de que los suizos fueran una nación, mientras que los toscanos no lo eran, dependía en parte de las representaciones que de sí mismos tienen los sujetos que las conforman. Es a partir de esta observación que el estudio del surgimiento de las naciones se va a ocupar de averiguar qué es lo que lleva a los sujetos a imaginarse a sí mismos como formando una nación.¹⁷

Los enfoques instrumentalistas no consideran que el sentimiento nacional sea espontáneo o innato, sino que es adquirido e inculcado a través del proceso educativo, las ceremonias, los símbolos, los monumentos o las fiestas cívicas. A partir de esta noción “se cayó en la cuenta de que los Estados, tenidos entonces por invenciones humanas que se apoyaban en fenómenos sociales y culturales previos, eran los promotores del proceso”.¹⁸ Aunque también se invocan el pasado y las tradiciones, lo que importa no es tanto la historia como la imagen que se construye de ella: “ya no es la *nación* sino el propio *mito de la nación* el que se convierte en objeto de análisis, materia de debate y, eventualmente, en el centro de un culto laico”.¹⁹

A partir de estas premisas, en el último cuarto del siglo XX se elaboraron diversos estudios sobre la nación y el nacionalismo, que resultaron cruciales para su comprensión. Entre estos trabajos sobresalen principalmente los de Ernest Gellner, Benedict Anderson y Eric Hobsbawm, quienes coinciden en caracterizar a la nación como una construcción histórica. En principio, Gellner advierte que el Estado y la nación emergieron de manera

¹⁶ Ernest Renan, citado en Palti, *op. cit.*, nota 15, p. 63.

¹⁷ *Ibidem*, p. 108

¹⁸ Álvarez Junco, *op. cit.*, nota 15, p. 15.

¹⁹ Palti, *op. cit.*, nota 15, pp. 93-95.

independiente, y que *per se* el Estado no es equiparable a la nación.²⁰ Por otra parte, tanto este autor como Hobsbawm consideran que para comprender cómo se conforma una nación se deben tomar en cuenta las subjetividades de quienes la integran. Es a partir de esta premisa que Hobsbawm define a la nación como “cualquier conjunto de personas suficientemente nutrido cuyos miembros consideren que pertenecen a una ‘nación’”.²¹ Las definiciones objetivas han fracasado, según Hobsbawm, porque solo algunos miembros de las numerosas entidades que encajan en tales definiciones pueden calificarse de naciones en un momento dado. Esto se debe a que los criterios que comúnmente se emplean para definir lo que es una nación son “borrosos, cambiantes y ambiguos [...] Lo cierto es que casi cualquier clasificación de alguna comunidad como ‘nación’, basándose en tales criterios pretendidamente objetivos, estaría expuesta a objeciones”.²²

Otro autor que considera que la nación debe definirse a partir de una combinación de criterios objetivos y subjetivos es José Álvarez Junco, para quien son naciones “aquellos grupos humanos que creen compartir unas características culturales comunes —lengua, raza, historia, religión— y que, basándose en ellas consideran legítimo poseer un poder político propio, sea un Estado plenamente independiente o un gobierno relativamente autónomo dentro de una estructura política más amplia”.²³ Es así que en su definición Álvarez Junco combina características objetivas (los rasgos culturales), con características subjetivas de deseo o voluntad (como la aspiración política), bajo la premisa ya expresada por Gellner y Hobsbawm de que las primeras no son suficientes para explicar el deseo de formar una nación: “Ante las dificultades que presentan los rasgos culturales como criterios de diferenciación, acabamos aceptando que son naciones aquellos grupos humanos cuyos miembros se sienten o quieren ser nación”.²⁴

Tanto Gellner como Hobsbawm resaltan el carácter moderno de la nación, así como el elemento de artefacto, invención o ingeniería social que interviene en su construcción. Incluso Gellner advierte que el nacionalismo es el que las inventa y a menudo las destruye.²⁵ Por su parte, también Elías Paltí considera que el origen de las naciones no se remonta más allá del siglo XVIII, y que las formaciones políticas precedentes (como las mo-

²⁰ Gellner, Ernest, *Naciones y nacionalismo*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Alianza, 1991, p. 20.

²¹ Hobsbawm, Eric, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1997, p. 17.

²² *Ibidem*, p. 15.

²³ Álvarez Junco, *op. cit.*, nota 15, p. 11.

²⁴ *Ibidem*, pp. 11 y 12.

²⁵ Gellner, *op. cit.*, nota 20, pp. 48 y 49.

narquías) no podrían considerarse verdaderamente como naciones: “esas soberanías no estaban fundadas en principios de nacionalidad, sino que se organizaban a partir de sistemas de autoridad personales que se extendían a través de territorios diversos”.²⁶

Pero es Benedict Anderson quien plantea la idea de que la nación es una comunidad política imaginada e inherentemente limitada y soberana. Es imaginada porque los miembros de las naciones, por más pequeñas que sean, nunca se conocerán completamente entre sí, pero a pesar de esto en la mente de cada uno existe una imagen de unión. Además, es limitada porque aún la más grande de las naciones es finita y no va a incluir a toda la humanidad. Asimismo, es soberana porque las ideas de la Ilustración y de la Revolución francesa destruyeron la legitimidad del derecho divino a gobernar reclamando el derecho del pueblo para su autodeterminación. Finalmente, es una comunidad, porque a pesar de las desigualdades y de la explotación que prevalezcan en ella, las naciones son concebidas como una confraternidad profunda y horizontal.

Sin embargo, a diferencia de lo que suponen Gellner y Hobsbawm, Anderson vinculó el surgimiento de las identidades nacionales con fenómenos culturales anteriores a la Revolución Industrial, como son la difusión de la imprenta y la ruptura de la unidad religiosa en Europa tras la reforma protestante. No obstante, al ocuparse de los orígenes de la conciencia nacional, señala que la convergencia del capitalismo y la tecnología impresa permitió la posibilidad de una nueva forma de comunidad imaginada, que en su morfología básica es el paso a la nación moderna.²⁷

En consonancia con la propuesta de Anderson, Tomás Pérez Vejo estima que se debe concebir a la nación como una representación simbólica e imaginaria; es decir, “como algo perteneciente, fundamentalmente, al mundo de la conciencia de los actores sociales”. Esta concepción de la nación parece convertirse actualmente en un consenso con el cual están de acuerdo la mayor parte de los estudiosos, ya que el carácter imaginario y simbólico de las naciones no impide que tengan eficacia social; es decir, que existan como realidades sociales. De tal forma se concibe que las naciones se inventan; en otras palabras, se construyen y en su proceso de construcción “la voluntad cuenta más que la conciencia; y los mitos, las costumbres, las lenguas, la historia, etc. sólo adquieren poder por la repetición, la difusión y, en definitiva, la construcción”.²⁸

²⁶ Palti, *op. cit.*, nota 15, pp. 9-14.

²⁷ Anderson, Benedict, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres, Verso, 1992, pp. 6 y ss.

²⁸ Pérez, *op. cit.*, nota 2, pp. 12-17.

III. EL PROCESO DE CONSTRUCCIÓN DE LA NACIÓN

Para responder cómo es que una comunidad se convierte en una nación, se puede tomar como punto de partida la advertencia de Hans-Joachim König acerca de que no todos los Estados son simultáneamente naciones, pero que un Estado puede llegar a ser una nación como resultado de una política de integración o de participación política y social que produzca una creciente lealtad, una identificación y un sentimiento nacional en la sociedad.²⁹ Por su parte, Stein Rokkan indica que durante el proceso de construcción de la nación la sociedad transita por cuatro fases: 1a. Fundación del Estado y fijación territorial del mismo por parte de una elite; 2a. Incorporación de amplios estratos de la población al sistema político; 3a. Aumento de la participación activa de la población, y 4a. Redistribución de los bienes nacionales. Según esta concepción, las elites son los actores decisivos en el proceso de formación de la nación, por lo que estas cuatro fases son las tareas que ellas deben emprender para construirla. Asimismo, se presupone que si los grupos dirigentes son quienes pueden iniciar la movilización, también son ellos los que pueden impedir que la participación política y económica crezca, bloqueando con esto la transformación de la colectividad en una nación.³⁰

Hobsbawm también conviene en que la nación y el nacionalismo son fenómenos contruidos básicamente desde arriba. Como la conciencia nacional se desarrolla de manera desigual entre los distintos grupos sociales y en las diferentes regiones de un país, “la mayoría de los estudiosos estaría de acuerdo en que, cualquiera que sea la naturaleza de los primeros grupos sociales que la ‘conciencia nacional’ capte, las masas populares —los trabajadores, los sirvientes, los campesinos— son las últimas en verse afectadas por ella”.³¹

Cabe adelantar que fue por estas razones que el surgimiento de los Estados nacionales en Hispanoamérica durante el siglo XIX planteó dos problemas políticos importantes. El primero fue el de procurar la lealtad de la gente hacia el Estado y el sistema gobernante; el segundo fue la identificación con ellos. Cuando la sociedad y los gobernantes todavía no se encontraban directamente cara a cara, a la gente no se le exigían la lealtad y la identifica-

²⁹ König, Hans-Joachim, “Nacionalismo y nación en la historia de Iberoamérica”, en König Hans-Joachim, Tristan Platt y Colin Lewis, *Estado-nación, comunidad indígena, industria. Tres debates al final del milenio*, Holanda, Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos, 2000, p. 29.

³⁰ Stein Rokkan, citado en *idem*.

³¹ Hobsbawm, *op. cit.*, nota 21, pp. 18-20.

ción con el Estado, o bien se obtenían por medio de instancias autónomas o intermedias, como la religión y la jerarquía social. No obstante, en el siglo XIX el declive de los antiguos lazos sociopolíticos hizo necesario formular e inculcar nuevas formas de lealtad cívica, debido a que otras lealtades potenciales disponían ahora de la posibilidad de expresarse políticamente. A partir de entonces se presentó a los gobernantes el problema de adquirir una nueva legitimidad, lo cual se resolvió mediante la identificación con un “pueblo” o una “nación”.³²

Es a partir de entonces cuando se promueven los “nacionalismos oficiales” o nacionalismos de Estado. Este tipo de nacionalismo lo ejerce y promueve un Estado que ya existe como una forma de legitimar su poder, y consiste en exaltar elementos de identidad de acuerdo con los intereses de los dirigentes del gobierno central. Además, favorece la conservación del orden, la unidad cultural y del territorio, así como el respeto por las leyes del país.³³ Un aspecto relevante en el caso de los nacionalismos de Estado es que la coerción ideológica se realiza sobre todo a través de las formas de expresión que el Estado controla directamente, como el arte, la educación o la cultura oficiales. Asimismo, encuentran su principal apoyo ideológico en la historia, que es codificada por las instituciones estatales, como historia nacional, y que equipara el pasado del Estado con el pasado de la nación.

El discurso de los nacionalismos de Estado no es interiorizado automáticamente por lo sujetos a quienes va dirigido, pues su acción efectiva se consigue en gran medida debido a la familia, la escuela, la literatura, la pintura o los medios de comunicación de masas.³⁴ Es por esto que se pueden comprender mejor si se observa su dimensión cultural, ya que los procesos a través de los cuales se logra el consenso y la legitimidad son fundamentalmente de naturaleza ideológica, aunque las formas en que se insertan en una red mediadora están normadas por cánones culturales.³⁵

Además de la historia patria existen otros medios a través de los cuales se difunden los mitos fundacionales de la nación. Por ejemplo, la literatura es un medio sobresaliente, porque a través de las novelas y los dramas se puede llegar al público lector. Otra forma destacada es la creación y el desa-

³² *Ibidem*, pp. 91 y 92.

³³ Seton-Watson, citado en Anderson, *op. cit.*, nota 28, p. 86; Vizcaíno, *op. cit.*, nota 7, p. 54.

³⁴ García Castro, María, “Identidad nacional y nacionalismo en México”, *Sociológica*, México, núm. 21, 1993, p. 35.

³⁵ Gutiérrez López, Roberto y Gutiérrez E., José Luis, “En torno a la redefinición del nacionalismo mexicano”, *Sociológica*, México, núm. 21, Universidad Autónoma Metropolitana. Unidad Azcapotzalco, 1993, p. 88; Bartra, Roger, “La crisis del nacionalismo en México”, *Revista Mexicana de Sociología*, México, núm. 3, 1989, p. 19.

rollo de una iconografía historicista, que hace posible que en el imaginario nacional se sustituya la imagen de una comunidad religiosa (la cristiandad), por la de una comunidad política (la nación). Sin embargo, la elección del medio que se emplea para difundir los mitos de la nación está determinado por el momento decisivo en que tiene lugar el proceso nacionalizador. Fue así que la literatura y la pintura fueron los medios idóneos para los españoles, los ingleses y los franceses, así como la ópera lo fue para los italianos y los alemanes; y el cine lo fue para los estadounidenses.³⁶

IV. EL USO DE LA HISTORIA Y LA MEMORIA EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA NACIÓN

Para perpetuarse, el Estado necesita monopolizar la interpretación del pasado de la nación, y para esto requiere elaborar una historia nacional oficial y normalizada que se difunda masivamente. Si la nación es una comunidad imaginada y construida con base en un proceso que el Estado dirige, entonces se requiere de un mito fundacional y una historia que la hagan existir y que le otorguen legitimidad. La historia definida como nacional es una necesidad ontológica para la nación, afirma Pérez Vejo, pues sin historia no hay nación. Es por esto que el Estado la va a reinterpretar de tal forma que va a convertir la historia de su creación en la historia de la construcción de la nación, por lo cual no duda en retomar del pasado aquellos episodios a los que puede atribuir un carácter precursor. La nación es en gran medida fruto de la historia construida por el Estado; sin embargo, para que le sea útil para legitimar su poder político requiere aparentar que la nación es algo anterior a él, incluso la presenta como si fuera algo natural.

Para las naciones, entonces la historia es la principal fuente de legitimación e identificación colectiva: “De forma que realidades estatales, de carácter estrictamente político o administrativo, pueden acabar generando un sentimiento colectivo específico justificado por la historia”, como afirma Pérez Vejo.³⁷ La historia patria y los mitos derivados de ella se convierten así en una especie de partera de la nación, pues con base en ellos el Estado puede inventarse una nación a la medida. No obstante, Pérez Vejo supone que, dado que todo sentido de identidad es siempre conflictivo, preferir determinados momentos históricos en detrimento de otros, resaltar aquellos y olvidar éstos”.³⁸ Es así que la amnesia histórica se vuelve un elemento importante para el universo imaginario de la nación.

³⁶ Pérez, *op. cit.*, nota 2, pp. 29 y 30.

³⁷ *Ibidem*, pp. 115-121.

³⁸ *Idem*.

Sin embargo, para las naciones modernas —cuya idea de nacionalidad es más geográfica que sanguínea—, la identificación de los antepasados siempre es difícil, ya que se debe hacer una selección de cuáles antepasados son los que se reconoce: los conquistados o los conquistadores, los grupos sociales dominantes o los dominados. Para resolver este dilema se siguen diversas estrategias, como mantener la idea de antepasados colectivos y aceptar a todos los ancestros de la nación; o bien elegir solamente a algunos y rechazar a otros, con lo cual se reducen los riesgos de división interna.

Esta decisión resulta fundamental en el caso de las naciones hispanoamericanas, ya que lo que se elige determina el pasado nacional, así como sus mitos, sus símbolos, sus memorias y sus referentes físicos. En Hispanoamérica es común la elaboración de un pasado que proporcione identidad a la nación y legitimidad al grupo gobernante. Por este motivo, el uso de la historia es un factor sumamente valioso, ya que la elección de ciertos antepasados y determinados episodios que la historia patria se apropió hace posible establecer símbolos de cohesión nacional. Aunque en este proceso se dejan en el olvido a personajes, grupos y episodios que la memoria nacional no consideró convenientes conservar y difundir. Sin embargo, el Estado no espera que los personajes y los episodios históricos que le son convenientes sean valorados por la comunidad nacional, ni tampoco considera que espontáneamente aflorarán sentimientos de solidaridad nacional en caso de peligro exterior. Si hay algo que lo caracteriza es su activa política legitimadora, en la cual los héroes se inventan mediante relecturas específicas del pasado, que se difunden masivamente, y los sentimientos de solidaridad nacional se sacramentalizan de forma ritual a través de las celebraciones patrióticas; en otras palabras, el Estado mitifica el pasado elegido obteniendo una implicación afectiva de las personas con ese pasado, la cual será más intensa mientras más dramático sea el hecho histórico recordado.³⁹

En relación con lo que se recuerda y lo que se olvida, sucede que la memoria se relaciona estrechamente con la historia, aunque existe una distinción fundamental que las separa: la memoria se mide y se evalúa por la credibilidad, mientras que la historia lo que busca es la veracidad. Al igual que la historia, la memoria desempeña un importante papel en la construcción de las naciones, pues es un soporte configurador, productor e identificador de los sujetos históricos. Sin embargo, es preciso controlar la espontaneidad, la pasión y la selectividad de la memoria mediante la historia.⁴⁰

³⁹ *Ibidem*, pp. 122-124.

⁴⁰ Achugar, *op. cit.*, nota 10, p. 9; Jatahy Pesavento, Sandra, “Memoria, historia y ciudad: lugares en el tiempo; momentos en el espacio”, *Anuario de Espacios Urbanos*, 2002, México, Universidad Autónoma Metropolitana, Plantel Azcapotzalco-Gernika, 2003, pp. 21 y 22; Le

Pero ¿qué es lo que determina que un recuerdo tenga fuerza, vigencia, arraigo y proyección social? Esto depende de la profundidad de su impacto inmediato, de su capacidad de penetrar en la conciencia colectiva, y de la permanencia o la reactualización de una determinada situación material real que al continuar funcionando por décadas o siglos sigue alimentando la vigencia y la fuerza de ese recuerdo.⁴¹ En Hispanoamérica los constructores de la nación lo comprendieron muy bien, y por eso buscaron que los mitos, los símbolos y los demás referentes de la nación tuvieran permanencia y fueran eficaces.

La memoria social hace evidente este proceso cuando se le estudia en su transformación de *memoria cívica*. La memoria cívica es compartida por gente que nunca se ha encontrado, pero que consideran que comparten una historia común, constituyendo así precisamente la comunidad imaginada descrita por Anderson, y que está unida tanto por lo que recuerda como por lo que olvida.⁴² Es en esta acepción que la memoria cívica se asemeja al *recuerdo compartido*, que en las sociedades modernas integra las distintas perspectivas de quienes comparten un recuerdo en una versión única o al menos en pocas versiones a través de instituciones (como los archivos), y medios de ayuda mnemotécnica (como los monumentos y los nombres de las calles). Sobre todo el recuerdo compartido es un diálogo entre el pasado y el presente; es decir, una conversación con el pasado desde el presente.⁴³

Lo más importante, sin embargo, es que el recuerdo compartido puede dar origen a una *comunidad de memoria*. Avishai Margalit la define como una colectividad “que trata con la vida y con la muerte, una comunidad en la que el motivo del hacer memoria, que se convierte en una revivificación, es esencialmente más poderoso que en una comunidad que se basa en la mera comunicación. Es una comunidad en la que la pregunta por la supervivencia se trata mediante el recuerdo”.⁴⁴ Dicho en otras palabras, la conservación de la memoria del pasado cumple un papel decisivo en la supervivencia de la colectividad y en la continuidad de su identidad grupal.

Goff, Jacques, “El tiempo del mundo: el regreso de Braudel”, en Academia Universal de las Culturas, *¿Por qué recordar?*, Barcelona, Granica, 2002, p. 194; Touraine, Alain, “Memoria, historia, futuro”, en Academia Universal de las Culturas, *¿Por qué recordar?*, Barcelona, Granica, 2002, p. 199.

⁴¹ Aguirre Rojas, Carlos Antonio, *Mitos y olvidos en la historia oficial de México*, México, Ediciones Quinto Sol, 2003, p. 71.

⁴² O'Donnell, Guillermo, “Acerca del Estado en América Latina contemporánea: diez tesis para discusión”, *La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*, Buenos Aires, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 2004, p. 170.

⁴³ Margalit, Avishai, *Ética del recuerdo*, Barcelona, Herder, 2002, p. 60.

⁴⁴ *Ibidem*, pp. 60 y ss.

Por consiguiente, se puede considerar también que la nación es una comunidad de memoria; el recuerdo compartido que la constituye igualmente tiene su origen y su fundamento en la historia y el mito que dan forma a los imaginarios colectivos que le sirven de armazón, y de la misma manera tal recuerdo se desempeña como un componente primordial de la construcción social que da forma a las naciones modernas. Como lo advierte Ortemberg: “La nación es asimismo una construcción de las distintas memorias colectivas y sociales que cambia diariamente, generación tras generación”.⁴⁵ Sin embargo, cabe apuntar que no todas las colectividades logran conformar comunidades de memoria ni tampoco naciones, pues para que “la memoria colectiva pueda almacenarse, reproducirse, multiplicarse y ser redistribuida entre los miembros de la comunidad, es preciso la existencia del Estado”.⁴⁶

La memoria cívica no se construye necesariamente a partir de las vivencias particulares de la comunidad, sino que se utilizan ciertos recursos simbólicos para imponer su reconocimiento. Aunque se valga de personajes, de lugares y de hechos del pasado que son reconocidos por una comunidad, deliberadamente se le presenta como patrimonio de la colectividad, y se expone su valor memorial de acuerdo con las intenciones determinadas por el régimen o por quienes detentan el poder político. “Así, ciertos actos, características y valores son destacados, mientras que otros tantos atributos son deliberadamente ignorados, como si no tuviesen importancia o jamás hubiesen existido”.⁴⁷

V. LA CONSTRUCCIÓN DE LA NACIÓN EN HISPANOAMÉRICA

Algunos autores —como Anthony Giddens— consideran que el surgimiento y el desarrollo del nacionalismo, la nación y el Estado en la mayoría de los países se basan en lo que sucedió en Europa. Sin embargo, Benedict Anderson y Hans-Joachim König desestiman este argumento, haciendo notar que los movimientos nacionales en Hispanoamérica son paralelos e incluso anteriores a los de los países europeos, y además señalan que condujeron a la formación de Estados y naciones propios. Tal como Tomás Pérez Vejo lo advierte al indicar que “Hispanoamérica fue el escenario de

⁴⁵ Ortemberg, *op. cit.*, nota 3, pp. 718 y 719.

⁴⁶ Florescano, Enrique, “Notas sobre las relaciones entre memoria y nación en la historiografía mexicana”, *Historia Mexicana*, vol. LIII, núm. 2 (210), 2003, p. 395.

⁴⁷ Jatahy, *op. cit.*, nota 40, pp. 23 y 24.

uno de los más tempranos, exitosos y masivos procesos de construcción que se conocen”.⁴⁸

Antes de la independencia en la América española se pensaba en la monarquía como si se tratara de una familia formada por varios hijos (los pueblos y los individuos), a la cabeza de la cual se encontraba el rey como padre. Cuando Napoleón Bonaparte depone a Fernando VII deja huérfana a la familia y la usurpación es vista por los diversos reinos como un mal supremo, ya que se encontraban igualados en un mismo deber de lealtad hacia el rey.⁴⁹ Entonces cabe preguntarse: ¿cuáles fueron las causas de que los reinos españoles rompieran este pacto de lealtad con la Corona española y buscaran la independencia, perdiendo así el sentido de unidad nacional que había caracterizado a los actores políticos activos en ambos lados del Atlántico?

Fueron varios los factores que propiciaron los movimientos independentistas. Uno de los más relevantes fue el absolutismo ejercido por los regímenes monárquicos europeos que hacia fines del siglo XVIII provocó que la corona española acrecentara la presión sobre sus posesiones americanas y sus instituciones representativas. Sin embargo, de manera paralela al avance del absolutismo se estaba dando la gran mutación cultural de la Ilustración, que va a producir múltiples transformaciones en las ideas, en los valores y en los comportamientos de las sociedades occidentales. De modo que en un contexto de cambio social y de búsqueda de libertad de acción y de pensamiento, las llamadas reformas borbónicas redoblaron el control sobre la sociedad y despertaron en ambos lados del Atlántico el deseo de conformar naciones armónicas compuestas de hombres libres e iguales ante una misma ley.⁵⁰

La necesidad y el deseo social de una representación justa y legítima fue una de las razones que movieron a los insurgentes hispanoamericanos a la rebelión. Con la deposición de Fernando VII se intensificaron los cuestionamientos de los criollos acerca de la relación existente entre la metrópoli y los reinos americanos, y llegaron a la conclusión de que lo que existía era una asociación voluntaria, y que a falta del rey la soberanía residía en el

⁴⁸ Giddens, Anthony, *Sociología*, Madrid, Alianza, 2002, pp. 568 y 569; Pérez Vejo, Tomás, “La construcción de las naciones como problema historiográfico: el caso del mundo hispánico”, *Historia Mexicana*, México, vol. LIII, núm. 2 (210), 2003, p. 283.

⁴⁹ Guerra, François-Xavier, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, México, Fondo de Cultura Económica-Mapfre, 1993, pp. 19-29.

⁵⁰ Palacios, Guillermo y Moraga, Fabio, “La independencia y el comienzo de los regímenes representativos”, *Historia Contemporánea de América Latina*, vol. I (1810-1850), Madrid, Síntesis. 2003, pp. 95 y ss.

pueblo.⁵¹ De este modo, “las mutaciones ideológicas acompañan la reivindicación por los americanos de su igualdad respecto a los peninsulares. Lo que antes se fundaba en antiguas leyes y privilegios va ahora a fundamentarse progresivamente en el derecho natural y la soberanía de los pueblos”.⁵²

Fue entonces que se propagó la agitación política y comenzó el desmembramiento de la monarquía española, pues “algunas provincias dentro de los reinos americanos llegaron a la conclusión de que ellas también tenían derecho a formar sus propios gobiernos locales, punto de vista que las ciudades capitales rechazaron con fuerza. En algunas regiones, las propias elites estaban divididas y, en algunos casos, el conflicto surgió entre las ciudades y el campo”.⁵³ Esta contingencia tendría consecuencias duraderas, ya que los conflictos se prolongarían durante gran parte del siglo XIX, y los nuevos Estados tuvieron que hacer uso de diversos mecanismos —incluso las armas—, con el fin de conformar gobiernos fuertes y legítimos que permitieran consolidar la construcción nacional.

No obstante, Benedict Anderson advierte que los dos factores que comúnmente se señalan para explicar la independencia de Hispanoamérica —el incremento del control sobre los reinos americanos a partir de las reformas borbónicas y la difusión de las ideas de la Ilustración—, no explican satisfactoriamente por qué entidades como Chile, México, Ecuador, Venezuela o Perú resultaron ser emocionalmente deseables y políticamente viables. Tuvieron que presentarse otros factores para que se redefiniera a las masas de indios, negros y mestizos como connacionales; y sobre todo para que los criollos —y los demás grupos sociales— vieran a España, a quien estaban atados en muchas maneras, como un enemigo extraño.⁵⁴

Se debe tomar en cuenta también que en Hispanoamérica las naciones no se construyeron con base en criterios étnicos o culturales, puesto que entonces no existían nacionalidades diferentes, sino una sola: la española, que era común a casi todos. Del mismo modo, la heterogeneidad racial y cultural de la población imposibilitó que se estableciera inicialmente un criterio étnico para la unidad estatal o nacional. Prácticamente antes de la independencia, los distintos reinos americanos no constituían sociedades suficientemente diferenciadas, de tal modo que un nativo de Caracas no era considerado extranjero en Lima, Quito o Buenos Aires. Esta situación

⁵¹ Rodríguez O., Jaime E., *La independencia de la América española*, México, El Colegio de México-Fondo de Cultura Económica, 2006; Rodríguez O., Jaime E., “La emancipación de América”, *Secuencia*, núm. 49, Instituto Mora, 2001, pp. 43 y ss.

⁵² Guerra, *op. cit.*, nota 49, pp. 29 y 145.

⁵³ Rodríguez, *op. cit.*, nota 51, p. 60.

⁵⁴ Anderson, *op. cit.*, nota 27, pp. 50-65.

se prolongó incluso después de la independencia, e impedía que las poblaciones otorgaran su lealtad absoluta a los nuevos Estados, ya que las identidades vigentes seguían siendo la local y la americana.⁵⁵ Sin embargo, cabe señalar que son las identidades culturales de los antiguos reinos las que a largo plazo pueden crear un espacio propio, entre otras causas debido a la ingeniería simbólica que se utilizó para construir la nación, y que en gran medida disuelve y recompone las identidades local y continental.

El deseo de emanciparse de España no requería entonces que la cuestión nacional se fundamentara inicialmente en una unidad étnica, sino en la idea de la libertad política y la autonomía. Es por esto que la discusión respecto a si los criollos se basaron en una concepción de nación cultural-étnica o en una de nación cívico-territorial es gratuita, pues debido a las circunstancias en que surgen los movimientos nacionales, los Estados se tuvieron que construir sobre la superación del estatus subordinado y con base en un imaginario que fomentara en la población un sentido de identificación con las entidades políticas nacientes.⁵⁶

El consenso entre los historiadores latinoamericanistas estima que los dirigentes criollos erigieron el postulado de la libertad y la igualdad como característica distintiva de los nuevos Estados, ya que así podían seguir un camino viable hacia la unidad y la integración de la nación. Con todo, no se puede descartar que tanto la idea de nación cultural-étnica como la de nación cívico-territorial hayan estado presentes en los procesos de construcción nacional. Sin duda estos procesos se basaron en la noción cívica, que atañe a la idea de una comunidad territorializada que está unificada legal, institucional, económica y políticamente. Pero también se recurrió a diversos elementos culturales que supuestamente son distintivos de la nación, los cuales se instrumentalizaron y se difundieron explícitamente, como ocurrió con los mitos de origen y el conjunto de símbolos que son utilizados para consolidar una identidad común.⁵⁷

Desde un principio la ciudadanía se convirtió en uno de los elementos promotores del Estado nacional, pues con ella la generalidad de los habitantes ya no se vieron tratados como súbditos bajo tutela, sino como miembros iguales del cuerpo del Estado.⁵⁸ Al considerárseles como ciudadanos, las

⁵⁵ Escudé, Carlos y Cisneros Andrés, *Historia de las relaciones exteriores argentinas*, Buenos Aires, Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales-Grupo Editor Latinoamericano, 2000, en <http://www.argentina-rreec.com/historia.htm> (6 de junio de 2005).

⁵⁶ König, *op. cit.*, nota 29, pp. 31 y 33; Palacios, *op. cit.*, nota 50, p. 177.

⁵⁷ Quijada, *op. cit.*, nota 8, p. 289.

⁵⁸ Colom, *op. cit.*, nota 9, pp. 327-328; Subercaseaux, Bernardo, “Tiempo nacional e integración. Etapas en la construcción de la identidad nacional chilena”, en Colom González

personas supuestamente gozaron de los mismos derechos y de las posibilidades de desarrollo que les fueron vedados durante la monarquía española, por lo que se mostraron dispuestos a defender la independencia de los nuevos países. Con esta maniobra se consiguió que los movimientos nacionales no quedaran reducidos a un pequeño círculo de patriotas, sino que se extendieran al grueso de la población.

No obstante, cabe mencionar que durante el siglo XIX la estimación que se tuvo del indígena como componente de la nación fue desigual, porque la concepción que los grupos gobernantes tuvieron sobre la nación también fue cambiante. Si bien al inicio de la vida independiente se pensaba que había que conformar una *nación cívica* donde los distintos grupos sociales y étnicos se cohesionaran en una sociedad que buscaría el bien común, para la segunda mitad del siglo XIX esta imagen se transformó para dar paso al deseo de conformar una *nación civilizada*: “A partir de esta concepción —que refleja una disminución del optimismo independentista— la nación cívica, que había sido imaginada como una construcción incluyente, da paso a la ‘nación civilizada’, cuya imagen se irá asociando paulatinamente a la exclusión ‘necesaria’ de los elementos que no se adapten a ella”.⁵⁹

La concepción de la nación como una *nación civilizada* tendría su auge desde mediados del siglo XIX hasta principios del XX, cuando otra idea va a reemplazarla. Como señala Mónica Quijada, la idea de una *nación civilizada*, cuya cohesión cultural estaba constituida por la exclusión de los elementos que se consideraban como no asimilables, cedería su lugar a otra, que rechaza la construcción excluyente de la nación. Esta nueva concepción, que se conoce como la *nación homogénea*, poco a poco iría teniendo un mayor ascendiente entre la elite y otros grupos sociales. Asimismo, por primera vez establecería una diferencia sustancial entre lo que es la construcción del Estado y lo que es la construcción de la nación, advirtiendo que no son procesos equivalentes, y que si bien para entonces el Estado se ha construido satisfactoriamente en algunos países (como México y Argentina), la nación, por el contrario, no habría tenido tanto éxito.

Con la concepción de la *nación homogénea* se retomaría la idea de una nación incluyente, pero esta ya no sería la nación de ciudadanos que impulsó al imaginario liberal a principios del siglo XIX, sino una comunidad unida por los ideales y la afirmación de una personalidad colectiva. De esta manera, la imagen inicial de una nación integrada por individuos industrioses y

Francisco (ed.), *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*, Madrid, Iberoamericana, 2005, p. 651.

⁵⁹ Quijada, *op. cit.*, nota 8, pp. 310 y ss.

cohesionados en su lealtad al Estado es desplazada por una, donde la unificación de las lealtades se vincula a la homogenización de los universos simbólicos. Por lo tanto, ya no es suficiente con la integración política y social, sino que se vuelve imprescindible alcanzar una integración cultural plena. Es por esto que se buscará reencontrar un “espíritu nacional”, sobre todo con la ayuda de un modelo educativo que borre la heterogeneidad simbólica, reivindique la tradición y revalorice lo propio frente a lo extranjero. Sin embargo,

[...] como ocurrió a todo lo largo del siglo XIX, una cosa eran los programas y otras las realizaciones. La “nación homogénea” no logró borrar del imaginario de las élites a la “nación civilizada”, como ésta no lo hizo tampoco con la “nación cívica”. La nación seguiría siendo un proyecto inacabado que, hasta el día de hoy, se renueva en cada generación, reflejando las interacciones de viejas y nuevas ideas, de aspiraciones no cumplidas y esperanzas inéditas, de prejuicios seculares y ansias de transformación.⁶⁰

Por otro lado, la legitimación del Estado con base en la lealtad que se dice tener a la nación no es suficiente para dotarla de contenidos claros y precisos. Por esta razón fue necesario construir a la nación mítica y simbólicamente, con el fin de otorgar a cada sociedad un *nosotros colectivo* que permitiera deshacer el antiguo sentimiento de pertenencia a la monarquía española y transferirlo al nuevo Estado. Las construcciones narrativas mediante las cuales a lo largo de los siglos XIX y XX se elaboró la idea de un pasado nacional se produjeron como parte del proyecto de los nuevos grupos gobernantes para dar un sustento de legitimidad a los Estados. Es por esto que son ellos quienes definen los contenidos del nacionalismo y los hacen pasar como elementos fundamentales de la nación y sus miembros; pero esta maniobra implicó en primer lugar que en el imaginario de los grupos dirigentes se configuraran una serie de rasgos diferenciales para caracterizar a la nación. Estos rasgos no solamente debían distinguirla de España y de las naciones vecinas, sino que además debían integrar en el imaginario a una población que era sumamente heterogénea, no solo por su color de piel, sino también porque poseían un universo simbólico propio.⁶¹

Sin duda era necesario transformar a los antiguos vasallos del rey de España en fieles servidores de la patria. Pero “la sustitución de viejas identidades resulta siempre conflictiva, especialmente cuando [...] va acompañada de la necesidad de extender el sentimiento de nación a territorios y

⁶⁰ *Ibidem*, p. 315.

⁶¹ Palti, *op. cit.*, nota 15, p. 131; Quijada, *op. cit.*, nota 8, p. 289.

poblaciones caracterizados por su enorme extensión y disparidad”.⁶² Lograr que los pobladores se dieran cuenta de que ahora Colombia, Paraguay, Argentina, México, Chile, Bolivia o Perú reemplazaban a España y que el nuevo gobierno republicano sustituía a la monarquía española, hizo imprescindible acelerar el proceso de construcción de la nación, ya que esto permitiría incorporar a los individuos en el proyecto de los grupos dirigentes, y extendería hacia ellos la norma jurídica establecida en las leyes. No obstante, esto solo se va a conseguir plenamente cuando se despierte una conciencia patriótica en la población. Es entonces que los dirigentes pueden traspasar su proyecto de nación a los demás grupos que comienzan a sentirse ya como colombianos, paraguayos, argentinos, mexicanos, chilenos, bolivianos o peruanos.⁶³

Fue por esto que los Estados se dieron a la tarea de practicar una ingeniería ideológica consciente y deliberada con el fin de construir las representaciones que conformarían la imagen de la nación. Los mecanismos de producción y reproducción de la conciencia social que permiten desarrollar una identidad nacional son los mitos, los símbolos y los rituales de la nación. De hecho, “ninguna comunidad que aspire a convertirse en nación —y mucho menos en patria—, puede existir sin la creación de mitos compartidos que vayan formando un sustrato anímico común”.⁶⁴ Solo a través de la creación de mitos sociales y políticos fue posible que los países hispanoamericanos recién independizados pudieran unificar a los diversos grupos y a las diferentes regiones para respaldar al Estado.

Existe una relación estrecha entre los imaginarios y los mitos que sirven para construir a la nación. Como advierte Estela Serret: “el mito que construye identidad se convierte en imagen, es decir, en realidad petrificada que no admite cambios, que no presenta fisuras. Es ahistórica, antidinámica y, por lo tanto, máscara, ficción”.⁶⁵ La imagen es la presencia misma del mito, y no solo lo comunica, sino que lo fija y lo revela estéticamente de manera verbal o visual en el imaginario y la memoria.⁶⁶ Es por eso que si se desea que persista una versión única de la nación en el imaginario social se vuelve

⁶² Pérez, *op. cit.*, nota 12, p. 288.

⁶³ Pinto Rodríguez, *op. cit.*, nota 9, p. 104; Ortemberg, *op. cit.*, nota 3, 701.

⁶⁴ Dávila, Luis Ricardo, “Independencia e insuficiencia en la construcción de la nación venezolana”, en Colom González, Francisco (ed.), *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*, Madrid, Iberoamericana, 2005, p. 305.

⁶⁵ Serret, Estela, “Leyendo la identidad nacional en el discurso de Octavio Paz”, *Sociológica*, México, núm. 21, Universidad Autónoma Metropolitana. Unidad Azcapotzalco, 1993, p. 204.

⁶⁶ Arroyo, Israel, “Juárez: imágenes estéticas”, *Metapolítica*, México, núm. 46, 2006, p. 95.

imprescindible la creación y el uso de mitos que se arraiguen en la memoria colectiva mediante imágenes diversas. De modo sucinto el mito se puede definir como

[...] un principio ordenador. Con base en él los hombres y la mujeres fundamentan sus valores éticos y morales, definen causas y efectos, construyen taxonomías, orientan procesos sociales y psicosomáticos, le dan vida a sus tradiciones, educan a las nuevas generaciones, tienden a cohesionar a los grupos de los que forman parte, legitiman estructuras de poder, costumbres, divisiones, roles.⁶⁷

Precisamente las naciones son un campo privilegiado para desarrollar significaciones míticas. De hecho ellas desempeñan un importante papel en su construcción, porque se relacionan íntimamente con la identidad y con la historia del grupo que las elabora y utiliza. Por tal motivo, son elementos muy útiles para comprender los procesos de identificación colectiva, ya que constituyen representaciones codificadas de los presupuestos ideológicos y culturales de un grupo. Además, las construcciones míticas no se hacen en el vacío, sino que se elaboran con base en las necesidades de la colectividad.⁶⁸

Valiéndose de actos emblemáticos, escenarios, leyendas, héroes, antihéroes, sucesos extraordinarios, frases célebres, etcetera, los mitos sirven para dar una visión uniforme del pasado de la nación, y de esta forma contribuyen a crear una identidad nacional y fomentan el nacionalismo. Como son el relato que da unidad a cualquier grupo, desde antaño los hemos necesitado y los seguiremos necesitando, pues a través de ellos los individuos conforman su identidad colectiva y su sentido de comunidad y lealtad con la nación. Además, declaran una identidad con la tierra de origen, destacan la personalidad del grupo frente a los demás, establecen un lazo de identidad con el pasado y funcionan como referentes para el futuro.⁶⁹

Los mitos también sirven para legitimar el orden político establecido, pues poseen un discurso ideológico y un conjunto de pensamiento simbólico que tienen la misma función: justificar la supremacía de alguien sobre

⁶⁷ Paoli, Antonio, “La semiosis mitológica”, *Tramas*, México, núm. 4, Universidad Autónoma Metropolitana, 1992, p. 51.

⁶⁸ Galván Tudela, José Alberto, “La construcción de la identidad cultural en regiones insulares: Islas Canarias, España”, en Ávila Palafox, Ricardo y Calvo Buezas, Tomás (coords.), *Identidades, nacionalismo y regiones*, México, Universidad de Guadalajara-Universidad Complutense de Madrid, 1993, p. 209.

⁶⁹ Carreño King, Tania y Vázquez del Mercado, Angélica, “La disputa por la historia patria. Entrevista a Lorenzo Meyer”, *Nexus*, México, núm. 191, 1993, pp. 41-49; May, Rollo, *La necesidad del mito*, Barcelona, Paidós, 1992, pp. 17 y ss.

los demás.⁷⁰ Es por esto que desempeñan una tarea primordial en forjar la creencia de que se pertenece a una nación, tarea que es de suma importancia para la legitimación y la reproducción del Estado. Por consiguiente, cada nación elabora mitos particulares que las distinguen de las demás y que se vuelven símbolos de masa, que serán la referencia privilegiada del sentimiento nacional. Los símbolos pueden ser entidades naturales o histórico-imaginarias; por ejemplo: para los franceses es su Revolución, para los judíos es el Éxodo, y para los italianos es la Roma imperial, así como sus montañas lo son para los ingleses y el ejército lo fue para los alemanes.⁷¹

No es de extrañar entonces que en Hispanoamérica una de las primeras acciones que desde la guerra de independencia se tomaron para singularizar a cada nación fue fijar símbolos y fiestas que celebraran la emancipación. Sin embargo, era esencial que estos fueran reconocidos colectivamente, por lo que se tuvieron que añadir elementos autóctonos a los primeros símbolos republicanos que habían sido retomados de la iconografía de la Revolución francesa. Tal como sucedió con el gorro frigio o la escarapela tricolor a los cuales se les agregaron imágenes propias de la flora y la fauna de cada país (como huemules, cóndores o nopales), o bien se les añadió el sol (que estaba relacionado con el “Inti” incaico), así como la figura del indígena mítico y mitificado. En lo que se refiere a los festejos, desde un principio se comenzaron a celebrar las victorias de los patriotas, y las fiestas se convirtieron en ocasiones propicias para articular nuevas formas de identificación colectiva que se sobreponían y se alimentaban de las memorias y de los espacios tradicionales.

Por esto mismo, en los países hispanoamericanos la gesta de independencia es enaltecida profusamente en las hagiografías oficiales encarnadas en historias patrias, que la presentan como un destino natural que se genera incluso desde antes de la conquista española.⁷² Sin embargo, son limitados los arquetipos a los que se ha recurrido para narrar esta epopeya, pues los hagiógrafos no están exentos de repetir el arquetipo cristiano de nacimiento, muerte y resurrección característico de las historias nacionales del mundo occidental. Este arquetipo gira en torno a la existencia de una nación próspera y feliz anterior a la dominación europea, y que fue destruida por los conquistadores. Luego, los insurgentes vengán la derrota y resucitan a la nación muerta al obtener la independencia. En este ciclo de vida, muerte

⁷⁰ Héritier-Augé, Françoise, “La sangre de los guerreros y la sangre de las mujeres”, *Alteridades*, México, núm. 2, 1991, p. 96.

⁷¹ Giménez, Gilberto, “Apuntes para una historia de la identidad nacional”, *Sociológica*, México, núm. 21, 1993, p. 18.

⁷² Colom, *op. cit.*, nota 9, pp. 313 y ss.

y resurrección lo que se niega es el “no tiempo” o “no existencia” de la nación; es decir, la época relacionada con la dominación española. Asimismo, se puede observar que en la mayoría de los casos el origen de estas naciones se establece en el pasado prehispánico, aunque este se circunscribe al de la etnia mítica elegida, como por ejemplo, los aztecas en el caso de México, o los incas en el de Perú.⁷³

Como gran parte del éxito de la construcción de una nación estriba en su capacidad para convertir la propia historia de la comunidad en un mito omnicomprendido que dé sentido a las vidas individuales,⁷⁴ en Hispanoamérica se respaldó una historia patria que habla de *mártires de la independencia*, con un claro tinte romántico, que enaltece esta gesta al rango de epopeya trágica, y que de manera simultánea establece un canon de héroes nacionales y un calendario de festividades patrióticas, que tienen como propósito legitimar y glorificar al Estado a través de ellos, al grado de que los héroes de la patria resguardan los valores que conforman la estructura imaginaria de la nación, pues encarnan simbólicamente sus glorias y sus tragedias en virtud del proceso de mitificación al que son sometidos.

Hay que tomar en cuenta que los mitos aluden a un valor en el cual radica su importancia. Por lo tanto, la selección de los personajes que conforman el “panteón nacional” no se hace al azar, sino teniendo en cuenta una referencia directa a un valor determinado que se desea difundir entre la gente. La característica fundamental de los valores es que no existen por sí mismos, sino que descansan necesariamente en un depositario, que generalmente es del orden físico. De manera que los relatos, las frases, las ceremonias y los demás medios que proporcionan las imágenes que apuntalan la memoria colectiva son estos depositarios que se dirigen a las emociones y a los sentimientos a través de los cuales la gente capta los valores. En este caso son los héroes de la patria quienes encarnan determinados valores, y de la misma manera en que el mito se dirige a un valor, también el personaje histórico se vuelve un símbolo orientado hacia ese valor.⁷⁵

Sin embargo, la mitificación de los héroes también implica que su personalidad histórica y su biografía se reconstruyan con base en las normas del mito. Es por esto que el carácter histórico de los personajes que se celebra en los relatos épicos no se cuestiona, aunque su historicidad no resista

⁷³ Pérez Vejo, Tomás, “Nacionalismo e imperialismo en el siglo XIX: dos ejemplos de uso de las imágenes como herramienta de análisis histórico”, en Aguayo, Fernando y Roca, Lourdes (coords.), *Imágenes e investigación social*, México, Instituto Mora, 2005, p. 62.

⁷⁴ Pérez, *op. cit.*, nota 12, p. 301.

⁷⁵ Entrevista personal realizada al doctor José Antonio Paoli Bolio el 28 de junio de 1995 en México, D. F.

mucho tiempo la acción “corrosiva” de la mitificación.⁷⁶ Pero como la fe que las personas tienen en ellos importa más que las ideas y las doctrinas que sustentaban, el carácter histórico de los héroes celebrados en los mitos es algo en lo que se cree y no se discute. Incluso se vuelve un referente cuasidogmático que si alguna vez llegara a ser cuestionado, entonces “la Palabra del imaginario histórico responderá movilizando su poder simbólico además de sus encarnaciones materiales”.⁷⁷

En relación con la historia y los mitos, Tomás Pérez Vejo afirma que las historias patrias son las principales responsables de la creación de las naciones, ya que tienen la capacidad de hacer del relato de los hechos del pasado una narración con significado simbólico. Es por esto que en ellas es donde hay que averiguar cómo fue forjada la particular idea de nación, puesto que contribuyen arduamente a esta tarea en virtud de los héroes y las cunas de la patria que ayudan a instituir. A través de estos, los grupos dirigentes

[...] reflejaron virtudes cívicas y éticas y las brindaron al imaginario colectivo como una suerte de espejo sobre el cual forjar las ‘virtudes nacionales’. Ese proceso no estuvo libre de conflictos y muchas veces entrañó una auténtica ‘guerra de próceres’, ya fuera por la asociación de éstos, en vida, a posturas ideológicas o acciones políticas definidas y contrapuestas (Hidalgo o Iturbide), por la selección de orígenes diversos de la nacionalidad (Cuauhtémoc o Cortés), o bien porque un mismo héroe era compartido por dos o más países, como es el caso del culto cuasi religioso a la figura de Simón Bolívar.⁷⁸

Es así que los conflictos que se suscitaron en torno a la fijación de los héroes de la patria, algunos de los cuales aún persisten en varios países, están íntimamente relacionados con la definición de los mitos de origen y la elaboración de la memoria histórica. De tal suerte que los héroes aparecen y desaparecen según la función que cumplen al materializar la ideología dominante.⁷⁹

Aunado a lo anterior, sucede que la elección de una concepción étnica o cívica sobre lo que es la nación también impone condicionamientos importantes a la memoria colectiva y al imaginario social. Puesto que se requiere

⁷⁶ Eliade, Mircea, *Cosmos and History: The myth of the eternal return*, Nueva York, Harper’s & Brothers, 1959, pp. 39-43.

⁷⁷ Pomer, León, *La construcción del héroe. Imaginario y nación*, Buenos Aires, Leviatán, 2005, pp. 141 y 142.

⁷⁸ Quijada, *op. cit.*, nota 8, p. 303.

⁷⁹ Zárate Toscano, Verónica, “El lenguaje de la memoria a través de los monumentos históricos en la ciudad de México (siglo XIX)”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, núm. 1-2001, en <http://nuevomundo.revues.org/document214.html> (6 de marzo de 2006).

dotar a la nación de una profundidad histórica como aval de su autenticidad; en el caso de la nación étnica, esa profundidad le es otorgada recurriendo a la identificación con un pasado glorioso que está ligado a la sangre y a la tierra. Por el contrario, la nación cívica debe construir la densidad épica de su destino en virtud de un futuro no menos egregio que se pretende alcanzar.⁸⁰ Ya se ha dicho que no se puede descartar que tanto la idea de nación cultural-étnica como la de nación cívico-territorial estén presentes en los procesos de construcción nacional en Hispanoamérica a través de los mitos y los símbolos que dan forma a la memoria y a los imaginarios históricos. Aunque para lograr tal efecto hubo que inaugurar actos fundadores para la nación; es decir, fijar las fechas de nacimiento, designar qué acontecimientos contribuyeron a su formación, y sobre todo identificar a sus héroes tutelares. Sin embargo, la naturaleza y la dimensión de estas acciones estuvieron determinadas por el beneficio simbólico que se obtendrían de ellas.

En este contexto, se puede afirmar entonces que “una ruptura radical llevada a cabo en un impulso colectivo espectacular ofrece un material más favorable para la mitificación que una emancipación gradual que repose sobre una secuencia de acontecimientos distribuida en el largo plazo”.⁸¹ Por este motivo es que se prefiere mitificar a los personajes y a los episodios que resultan más impactantes para la memoria colectiva. De tal manera que resulta más impresionante conservar el recuerdo de las proclamaciones que hace un general victorioso en el campo de batalla, que recordar los convenios a los que llega una asamblea de notables al final de cada sesión. Por la misma razón es que se han conservado ciertos sucesos que se cree que fundan o consolidan a la nación, como el *Grito de Dolores* o la muerte de Arturo Prat durante la Guerra del Pacífico.

Ernest Renan ya lo había advertido al señalar que “Si de recuerdos nacionales se trata, más valen los lutos que los triunfos puesto que imponen deberes; y demandan un esfuerzo común”.⁸² No obstante, puede ocurrir también que el imaginario y la memoria de la nación se edifiquen con mitos “depresores” que conservan el recuerdo de derrotas y que ofrecen una visión pesimista del futuro, aunque en el caso hispanoamericano esto no es algo usual, ya que comúnmente se pretende que las derrotas sean gloriosas y que los villanos sean unos apátridas traidores a la nación.

⁸⁰ Colom, *op. cit.*, nota 9, p. 320.

⁸¹ Bouchard, Gérard, *Génesis de las naciones y culturas del nuevo mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 40.

⁸² Renan Ernest, citado en Lomné, Georges, “El ‘espejo roto’ de la Colombia bolivariana (1810-1850)”, en Guerra, François-Xavier (coord.), *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 496.

Asimismo, la búsqueda de los orígenes de la nación es una experiencia recurrente en las diversas experiencias de construcción nacional. En Hispanoamérica, la elección siempre ha estado entre dos orígenes posibles: el universo anterior a la conquista europea o el que surge con ella. Ahora bien, si el origen de la nación se sitúa en un tiempo anterior a la conquista, la conexión entre el grupo originario y la nación actual se puede instituir de dos formas: una consiste en establecer el vínculo mediante la sangre; es decir, se considera que existe una ascendencia genealógica. La segunda es considerar que existe una pertenencia al mismo territorio. Esta última forma resulta significativa, porque implica reconocer que no existe una ascendencia genealógica —como sería el “México mestizo” de raíces indígenas—, sino “una continuidad legitimada exclusivamente por la pertenencia al sagrado territorio de la patria”.⁸³ Sin embargo, de este modo en el imaginario de la nación los indígenas no son “ancestros”, como sucede en México, sino “precursores”, como pasa en Chile. En este último caso lo que hace a la nación y la convierte en unidad será el territorio y no el pasado indígena. Una diferencia de apreciación del origen y el espacio que sin duda incide fundamentalmente en la construcción de ambas naciones.

De un modo u otro, la reivindicación y la apropiación idealizada de los indígenas, ya sea de sus antiguas culturas (los aztecas en México o los incas en Perú), o bien de sus valores (los araucanos en Chile), refuerza la identidad colectiva al establecer una línea de continuidad entre la nación que está en construcción y la cultura indígena prehispánica. Además, permite legitimar la emancipación como un acto de justa rebelión, y dota a la nación de una antigüedad respetable al ubicar sus orígenes en épocas remotas.⁸⁴ Así lo entendieron los emancipadores, y en mayor o menor medida emprendieron diversas tareas para promover el pasado indígena, como lo hizo Francisco Miranda al recrear el imaginario incaico como fuente de legitimidad para proclamar la independencia.⁸⁵ Con medidas como esta la nación iba perdiendo su carácter de invención y adquiría un carácter de inmanencia en el imaginario social.

Pero también se debe tomar en cuenta que si algo caracteriza al proceso de selección de la memoria nacional en los países hispanoamericanos es que se desarrolla a partir de una dinámica que oscila entre la continuidad y la ruptura. Si bien cada nación posee sus propios ritmos y contenidos en la conformación de su memoria histórica, en general los segmentos del pasado

⁸³ Quijada, *op. cit.*, nota 8, p. 496.

⁸⁴ König, *op. cit.*, nota 29, p. 45.

⁸⁵ Palacios, *op. cit.*, nota 50, p. 102.

que alternadamente se incluyen y excluyen se centran en las dicotomías indígena/español y liberalismo/antiliberalismo. El conflicto que hay en elegir una memoria con base en lo indígena o en lo español es importante, porque se relaciona directamente con la definición de los símbolos y los mitos de origen de la nación. Asimismo, la pugna entre el liberalismo y el antiliberalismo se convierte en un espejo en el cual los desencuentros del pasado actúan sobre el presente, y viceversa.

Sin embargo, el riesgo de alternar periódica y selectivamente el pasado es que difícilmente se pueden consolidar una memoria y un imaginario que faciliten la cohesión de la nación. En nuestros días la integración de esas dicotomías se sigue presentando como un proceso inacabado y posiblemente inacabable, señala Mónica Quijada, ya que su planteamiento parece renovarse desde distintos ángulos en cada generación. No está por demás insistir en la vigencia y en la trascendencia de esta cuestión para la construcción nacional en Hispanoamérica, que como ya se dijo es todavía un proceso inconcluso. La modificación de la historia, de los mitos, del imaginario social y de la memoria colectiva puede tener consecuencias importantes, advierte Francisco Colom, ya que cuando estos componentes de la construcción nacional se alteran, también la identidad de quienes participan en ella sufre una mutación fundamental.⁸⁶

VI. CONCLUSIONES

Tanto Benedict Anderson como Pérez Vejo consideran que el nacionalismo es el proceso mediante el cual se inventan naciones donde no las había, pero al señalar que las naciones son un invento no lo hacen con una connotación peyorativa o para afirmar que sean falsas, sino para indicar que son el resultado de un proceso creativo. Además, toda comunidad que se ve a sí misma como una nación no es una colectividad ficticia, ya que siempre cuenta con ciertos rasgos objetivos —lengua, historia, cultura, territorio, etcetera—, que son percibidos como tales por sus miembros.

El proceso de construcción nacional es particular y variable en cada país, como se ha mencionado, pero por lo general sucede que en los momentos de desarrollo y expansión económica no se le considera significativo, se le da poco impulso e incluso parece desaparecer. No obstante, cuando se producen periodos de crisis o estancamiento surge con mayor fuerza y se promueve profusamente.

⁸⁶ Colom, *op. cit.*, nota 9, p. 333.

Durante el siglo XIX y principios del XX en Hispanoamérica las construcciones nacionales se hicieron prácticamente bajo la sombra de un Estado recién creado o que estaba en vías de consolidarse. Por consiguiente, las formas simbólicas directamente controladas por el Estado a través de instituciones o instancias oficiales son las que contribuyen principalmente a su conformación. Con el propósito de marcar sus diferencias con el antiguo régimen y desplazar los símbolos de la monarquía española en el imaginario colectivo, los Estados hispanoamericanos tuvieron que crear sus propios símbolos cívicos: banderas, escudos, himnos, conmemoraciones, etcétera. La instauración de un nuevo aparato simbólico fue necesaria, ya que toda ruptura política es también la ruptura del mundo simbólico que representa el poder precedente. No en vano el poder se ejerce tanto en el plano físico como en el plano simbólico.

Del razonamiento anterior se desprende una cuestión metodológica fundamental: es en las formas simbólicas de la memoria social que promueve el Estado en donde hay que rastrear el proceso de construcción de la nación. Sobre todo en aquellos mitos que codifican el relato establecido por las instituciones estatales como historia nacional. De aquí la importancia de averiguar cómo se construyó y difundió simbólicamente cada historia nacional; de comprender la forma en que se territorializó la historia hasta convertirse en un relato coherente y hegemónico, y de entender cómo se seleccionaron y construyeron los referentes físicos que sirven de anclaje para el imaginario que sustenta a la nación.

VII. RELACIÓN DE FUENTES BIBLIOGRÁFICAS Y HEMEROGRÁFICAS

1. Fuentes bibliográficas

- ACHUGAR, Hugo, “Derechos de memoria, sobre independencias y Estados-nación en América Latina”, en ACHUGAR, Hugo (coord.), *Derechos de memoria. Nación e independencia en América Latina*, Montevideo, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República, , 2003.
- AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio, *Mitos y olvidos en la historia oficial de México*, México, Ediciones Quinto Sol, 2003.
- ÁLVAREZ JUNCO, José, *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX*, Madrid, Taurus, 2002.
- ANDERSON, Benedict, *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres, Verso, 1992.

- BOUCHARD, Gérard, *Génesis de las naciones y culturas del nuevo mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- CRESPO, Regina, “Nacionalismo cultural: México y Brasil”, en CADENA, Jorge *et al.* (coords.), *Nación y movimiento en América Latina*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Siglo XXI, 2005.
- DÁVILA, Luis Ricardo, “Independencia e insuficiencia en la construcción de la nación venezolana”, en COLOM GONZÁLEZ, Francisco (ed.), *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*, Madrid, Iberoamericana, 2005.
- ELIADE, Mircea, *Cosmos and History: The myth of the eternal return*, Nueva York, Harper’s & Brothers, 1959.
- GALVÁN TUDELA, José Alberto, “La construcción de la identidad cultural en regiones insulares: Islas Canarias, España”, en ÁVILA PALAFOX, Ricardo y CALVO BUEZAS, Tomás (coords.), *Identidades, nacionalismo y regiones*, México, Universidad de Guadalajara-Universidad Complutense de Madrid, 1993.
- GELLNER, Ernest, *Naciones y nacionalismo*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Alianza, 1991.
- GIDDENS, Anthony, *Sociología*, Madrid, Alianza, 2002.
- GILABERT, César, *El hábito de la utopía. Análisis del imaginario sociopolítico en el movimiento estudiantil de México, 1968*, México, Instituto Mora-Miguel Ángel Porrúa, 1993.
- GUERRA, François-Xavier, *Modernidad e independencias. Ensayos sobre las revoluciones hispánicas*, México, Fondo de Cultura Económica-Mapfre, 1993.
- HOBBSAWM, Eric y RANGER, Terence (eds.), *La invención de la tradición*, Barcelona, Crítica, 2002.
- , *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1997.
- KÖNIG, Hans-Joachim, “Nacionalismo y nación en la historia de Iberoamérica”, en HANS-JOACHIM, König *et al.*, *Estado-nación, comunidad indígena, industria. Tres debates al final del milenio*, Holanda, Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos, 2000.
- LARRAÍN, Jorge, *Identidad y modernidad en América Latina*, México, Océano, 2004.
- LE GOFF, Jacques, “El tiempo del mundo: el regreso de Braudel”, en ACADEMIA UNIVERSAL DE LAS CULTURAS, *¿Por qué recordar?*, Barcelona, Granica, 2002.
- LOMNÉ, Georges, “El ‘espejo roto’ de la Colombia bolivariana (1810-1850)”, en GUERRA, François-Xavier (coord.), *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.

- MANDOKI, Katya, *La construcción estética del Estado y de la identidad nacional*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Fondo Nacional para la Cultura y las Artes-Siglo XXI, 2007.
- MARGALIT, Avishai, *Ética del recuerdo*, Barcelona, Herder, 2002.
- MAY, Rollo, *La necesidad del mito*, Barcelona, Paidós, 1992.
- O'DONNELL, Guillermo, "Acerca del Estado en América Latina contemporánea: diez tesis para discusión", *La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*, Buenos Aires, Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo, 2004.
- PALACIOS, Guillermo y MORAGA, Fabio, "La independenciam y el comienzo de los regímenes representativos", *Historia Contemporánea de América Latina*, vol. I (1810-1850), Madrid, Síntesis, 2003.
- PALTI, Elías, *La nación como problema. Los historiadores y la "cuestión nacional"*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003,
- PÉREZ Garzón, Juan Sisinio, "Memoria, historia y poder. La construcción de la identidad nacional española", en COLOM GONZÁLEZ, Francisco (ed.), *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*, Madrid, Iberoamericana, 2005.
- PÉREZ Vejo, Tomás, "Imágenes, historia y nación. La construcción de un imaginario histórico en la pintura española del siglo XIX", en COLOM GONZÁLEZ, Francisco (ed.), *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*, Madrid, Iberoamericana, 2005.
- , "Nacionalismo e imperialismo en el siglo XIX: dos ejemplos de uso de las imágenes como herramienta de análisis histórico", en AGUAYO, Fernando y ROCA, Lourdes (coords.), *Imágenes e investigación social*, México, Instituto Mora, 2005.
- , *Nación, identidad nacional y otros mitos nacionalistas*, Oviedo, Nobel, 1999.
- PINTO RODRÍGUEZ, Jorge, *La formación del Estado y la nación, y el pueblo mapuche. De la inclusión a la exclusión*, Santiago de Chile, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2003.
- POMER, León, *La construcción del héroe. Imaginario y nación*, Buenos Aires, Leviatán, 2005.
- QUIJADA, Mónica, "¿Qué nación? Dinámicas y dicotomías de la nación en el imaginario hispanoamericano del siglo XIX", en ANNINO, Antonio y GUERRA, François-Xavier (coords.), *Inventando la nación. Iberoamérica. Siglo XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- RODRÍGUEZ O., Jaime E., *La independenciam de la América española*, México, El Colegio de México- Fondo de Cultura Económica, 2006.

- SUBERCASEAUX, Bernardo, “Tiempo nacional e integración. Etapas en la construcción de la identidad nacional chilena”, en COLOM GONZÁLEZ, Francisco (ed.), *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*, Madrid, Iberoamericana, 2005.
- TOURAINÉ, Alain, “Memoria, historia, futuro”, en ACADEMIA UNIVERSAL DE LAS CULTURAS, *¿Por qué recordar?* Barcelona, Granica, 2002.
- VIZCAÍNO, Fernando, *El nacionalismo mexicano en los tiempos de la globalización y el multiculturalismo*, México, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, 2004.

2. Fuentes hemerográficas

- ARROYO, Israel, “Juárez: imágenes estéticas”, *Metapolítica*, México, núm. 46, 2006.
- BARTRA, Roger, “La crisis del nacionalismo en México”, *Revista Mexicana de Sociología*, México, núm. 3, 1989.
- CARREÑO KING, Tania y VÁZQUEZ DEL MERCADO, Angélica, “La disputa por la historia patria. Entrevista a Lorenzo Meyer”, *Nexos*, México, núm. 191, 1993.
- COLOM GONZÁLEZ, Francisco, “La imaginación nacional en América Latina”, *Historia Mexicana*, México, vol. LIII, núm. 2 (210), 2003.
- ESCODÉ, Carlos y CISNEROS, Andrés, *Historia de las relaciones exteriores argentinas*, Buenos Aires, Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales-Grupo Editor Latinoamericano, 2000, en <http://www.argentina-rree.com/historia.htm> (6 de junio de 2005).
- FLORESCANO, Enrique, “Notas sobre las relaciones entre memoria y nación en la historiografía mexicana”, *Historia Mexicana*, México, vol. LIII, núm. 2 (210), 2003.
- GARCÍA CASTRO, María, “Identidad nacional y nacionalismo en México”, *Sociológica*, México, núm. 21, 1993.
- GIMÉNEZ, Gilberto, “Apuntes para una historia de la identidad nacional”. *Sociológica*, México, núm. 21, 1993.
- GUTIÉRREZ LÓPEZ, Roberto y GUTIÉRREZ E., José Luis, “En torno a la redefinición del nacionalismo mexicano”, *Sociológica*, México, núm. 21, 1993.
- HÉRITIER-AUGÉ, Françoise, “La sangre de los guerreros y la sangre de las mujeres”, *Alteridades*, México, núm. 2, 1991.

- JATAHY PESAVENTO, Sandra, “Memoria, historia y ciudad: lugares en el tiempo; momentos en el espacio”, *Anuario de Espacios Urbanos*, México, 2002-2003.
- ORTEMBERG, Pablo, “Algunas reflexiones sobre el derrotero social de la simbología republicana en tres casos latinoamericanos. La construcción de las nuevas identidades políticas en el siglo XIX y la lucha por la legitimidad”, *Revista de Indias*, Madrid, vol. LXIV, núm. 232, 2004.
- PAOLI, Antonio, “La semiosis mitológica”, *Tramas*, núm. 4, 1992.
- PÉREZ VEJO, Tomás, “La construcción de las naciones como problema historiográfico: el caso del mundo hispánico”, *Historia Mexicana*, México, vol. LIII, núm. 2 (210), 2003.
- QUIJADA, Mónica, “¿‘Hijos de los barcos’ o diversidad invisibilizada? La articulación de la población indígena en la construcción nacional argentina (siglo XIX)”, *Historia Mexicana*, vol. LIII, núm. 2 (210), México, 2003.
- , “Nación y territorio: la dimensión simbólica del espacio en la construcción nacional argentina. Siglo XIX”, *Revista de Indias*, Madrid, vol. LX, núm. 219, 2000.
- RODRÍGUEZ O., Jaime E., “La emancipación de América”, *Secuencia*, México, núm. 49, 2001.
- SERRET, Estela, “Leyendo la identidad nacional en el discurso de Octavio Paz”, *Sociológica*, México, núm. 21, 1993.
- ZÁRATE TOSCANO, Verónica, “El lenguaje de la memoria a través de los monumentos históricos en la ciudad de México (siglo XIX)”, *Nuevo Mundo Nuevos Mundos Nuevos*, núm. 1-2001, en <http://nuevomundo.revues.org/document214.html> (6 de marzo de 2006).